

pág. 169.) Se forma un solemnisimo proceso en Portugal sobre todas las invenciones é imputaciones de Carvalho, y se justifica hasta la evidencia que habian sido calumnias atrocísimas, y se declaran tales, y á Carvalho reo de muerte. Se evidencia, sin réplica ninguna posible, por el exámen que hizo en Roma el Sr. Pio VI., cuando aun era prelado, que las cartas presentadas á Cárlos III., que lo decidieron á la rigurosa expulsion, eran fingidas, y que se habia falscado letra y firma. Por procesos públicos hechos en el Paraguay y otros puntos, como ya hemos visto, se justifica igualmente la impostura de otras varias especies. No obstante, todo esto se calla, se disimula, y se nos vuelve á repetir y á estampar que los Jesuitas se quisieron coronar en el Paraguay, que intentaron asesinar al Rey de Portugal, que promovieron el tumulto de Madrid, ect. ect. ¿Desmienten los hechos, falsifican las pruebas? No, pero repiten imperturbables los acertos. Esta infernal tenacidad de los perseguidores sería el mas asombroso de los fenómenos, si no se viera á su lado el de la incansable é inalterable paciencia de los perseguidos.

La exactísima y veracísima relacion de las causas y progreso de la expulsion de los Jesuitas de España, Portugal y Francia, que hemos publicado; sobre las cuales decimos (quizá por centésima vez) á los enemigos de la Compañía lo que Cicerón á Catilina: *Nega si potes; convincam si negas*, hacen ver las

imposturas negras y absurdas del papel reimpresso en esta Capital en el tomo II. pág. 259 de los *documentos sobre los Jesuitas*, con el título de *memorias de un contemporáneo*. Ese papel, tejido de calumnias tan groseras como atroces, escrito con la tinta del ódio mas enveaenado contra la Compañía de Jesus, está ya sobradísimamente refutado con lo que hemos publicado. Si los EE. mexicanos aun dan ascenso á sus especies, los desafiamos en toda forma á que presenten los documentos y las pruebas, obligándonos desde ahora á rebatirlas y confundirlas por todos los medios de la critica mas severa. Entre tanto, nos ayudará á decir al autor del tal papel un MIEN-TES solemnisísimo, el célebre protestante William Coxe, escritor imparcial y nada afecto á los Jesuitas, de cuyo *capítulo adicional* (Tom. 5. pág. 51) sobre el reinado de Cárlos III., vamos á dar un extracto ligerísimo que servirá de complemento á la Historia de la expulsion española.

Se introduce Coxe asegurando, que el *encarnizamiento* de Cárlos III. contra la Compañía «no procedía de la importancia política que él diera á la expulsion, y que en todos sus pasos habia un móvil secreto de interés personal» lo que empeñaba al escritor en investigar como habian logrado los enemigos de los Jesuitas hacer á Cárlos abrazar con tanto ardor sus intereses: investigacion que se propone hacer en la seccion primera de dicho capítulo, cuyo extracto, en lo conducente, vamos á hacer nosotros.

« Cuando Cárlos III. subió al trono de España, iba ya muy mal dispuesto contra los Jesuitas, no tanto por las contestaciones que su gobierno de Nápoles habia tenido con Roma, á quien siempre sostenian los Jesuitas, cuanto por las ofensas personales que creía haber recibido del P. Rábago, confesor de su hermano Fernando, y porque los Jesuitas, equivocando sus cálculos y no pudiendo estar bien al mismo tiempo con las cortes de Madrid y de Nápoles, se habian declarado por la primera, donde eran especialmente protegidos por el Marqués de la Eneada, por la Reina Bárbara y su marido, que murieron, con muy poca diferencia de tiempo, inesperadamente. Esto ocasionó el cambio de la política de Madrid: y á todo se agregaba conservar Cárlos su resentimiento contra Inglaterra, por la célebre intimacion con que lo habia humillado el Almirante Martin. La Corte de Versalles se aprovechó de esta disposicion para restablecer su influencia en la Península; y los enemigos de los Jesuitas se prevalieron de esta circunstancia, y comenzaron á fijar sus miradas en la corte de Madrid, con la esperanza fundadísima de obtener su cooperacion para la ruina de la Compañía. Pero hasta la subida de Roda al Ministerio de gracia y justicia, no se concibió seriamente el proyecto de expulsion, y mucho mesos se pensó en las medidas rigorosas que despues se adoptaron.

D. Manuel Roda, tan celebrado por su tenaz enco-

no contra los Colegios mayores, era acérrimo Jansenista, segun se gloriaban los del partido, y por lo mismo enemigo capital de los Jesuitas. Concibió la empresa y combinó los medios; entre ellos, el de sacar partido de la reunion de Jansenistas y filósofos para cooperar al mismo fin. Supo escogerse para ejecutores de sus planes, á Tavira, al conde de Aranda y á Campomanes, y dedicó todo su zelo á preparar la destruccion de la Inquisicion y de los Jesuitas, aunque no pudo conseguir la primera.

« Desde el mismo momento de su entrada al Ministerio trabajó sin cesar en la segunda, empleando para conseguirla todo el influjo de su puesto, y todos los medios á su alcance, por lo que decia de él, el satírico Asara, *que siempre tenia puestos anteojos, y que con uno de los vidrios veía siempre colegiales y con el otro Jesuitas.* »

Roda percibia la dificultad de hacer á Carlos III. adoptar sus intentos, porque aunque no queria á los Jesuitas, aborrecia aun mas las innovaciones; pero conociendo la suma adhesion de Cárlos á su confesor, por cuyo dictámen se decidia en todas las cosas relativas á los intereses de la Iglesia, emprendió ganarse á éste y obtener no su simple consentimiento, sino que tomase un verdadero interés y empeño en la medida. Para lograrlo, imaginó el arbitrio de poner en movimiento el amor propio y espíritu de paisanaje de Fr. Joaquin Eleta, conocido por el P. Osmá, á causa de haber nacido allí; y le pintó con los mas vivos

colores la gloria que le resultaría á él y á su patria, y lo agradecida que le estaria toda España, si empeñaba al Rey en conseguir de Roma la canonizacion del Sr. Palafox, Obispo de Osma. Sabia Roda la resistencia que habian de oponer á ella los Jesuitas, y de consiguiente lo que se exaltaria el ódio del Rey contra ellos, si una vez tomaba interés en el asunto. Todo le salió mejor de lo que esperaba: el confesor tomó sumo empeño y se lo hizo tomar al Rey; quien al mismo tiempo emprendió la solicitud de otra canonizacion; en cuyas necesarias dilaciones halló Roda un pretexto para introducir resfrio y aun indisposicion entre las cortes de Roma y de Madrid. Viendo el confesor que Roma no se prestaba á la canonizacion de Palafox, y el Rey que no podia lograr la del hermano Sebastian, entraron ambos en resentimiento verdadero, y para dirigir el fuego hácia su fin, les enemigos de los Jesuitas, les insuflaron que estos eran los que estorbaban sus deseos.

Por este tiempo acaeció el célebre tumulto de Madrid, cuyo pueblo indispuesto de ante mano por varias providencias de Esquilache, y por las consecuencias de ellas, se acabó de indignar por la prohibicion del uso de las capas y sombreros chambergos. Ya hemos visto como los Jesuitas salieron á apaciguar la gente amotinada y lo lograron; pero Roda y Aranda, bajo pretesto (dice Coxe) de investigar las causas, buscaban indicios propios para inflamar el ánimo del Rey contra la Compañía, cuya destruccion era su mi-

ra. Se hicieron correr voces de que los Jesuitas suscitaban á la plebe, y que en sus Colegios se habia trabajado el plan, y derramado dinero para el tumulto; cuando no hay escritor que no asegure, refiriéndose á las investigaciones mismas, que el tal movimiento fué sin plan, sin corifeos y sin combinacion. Tambien cuidaron, para acabar de inflamar al confesor y al Rey, de reimprimir y resucitar las célebres *Cartas inocencianas*, que poco antes habian sido quemadas en Madrid por mano de verdugo. No bastándoles, dice Coxe, ni la cooperación del P. Osma, ni la indisposicion del Rey, y necesitando otros recursos de talento y saber, echaron mano Roda y Aranda del acreditado Campomanes, «de cuyo zelo y sagacidad fué parto la *Coleccion de providencias tomadas para la expulsion*» cuya ejecucion hemos ya referido, y la refiere del mismo modo la carta original de Jovellanos, de donde Coxe dice ha sacado este capítulo adicional, cuya carta concluye así, hablando de los Jesuitas desterrados: «Sus sufrimientos son conocidos de todo el mundo, lo mismo que la constancia con que los sobrellevaron: ellos han arrancado lágrimas y elogios aun á los que estaban persuadidos de lo funesto de su influencia en las cortes de Europa. Hubo sin duda mayor inhumanidad en la persecucion de los Sacerdotes durante la revolucion francesa; pero ni esas medidas fueron mas acervas que los sufrimientos causados por gobiernos legítimos y regulares, á esos Jesuitas á quienes habian favore-

cido tan altamente desde el nacimiento de su orden.»  
Después de la expulsión, para deslumbrar al pueblo y sostener las contestaciones que debían esperarse con Roma, se nombró una junta de cinco Obispos, con cuyo auxilio se quería también consumir el plan de destruir la Inquisición; pero este Tribunal subsistió, porque en este punto no se pudo vencer ni al confesor ni al Rey. Algo más pudiéramos decir; pero nos reservamos hacerlo para la vez que se quiera insistir en Pastorales tan ridículas como la del Arzobispo de Burgos, ó en otros Documentos tan infames como el que hemos impugnado. Baste por ahora esta sencilla reflexión: ¿si cuanto aseguran estos calumniadores *contemporáneos*, eran hechos tan ciertos y públicos; por qué ocurrir para la destrucción de los Jesuitas á *motivos reservados* en los Reales pechos? ¿Había cosa más fácil que alegar estas causales tan justificadas, para una providencia que con razón se temía disgustase á los pueblos? La respuesta es obvia. Si tales acusaciones hubieran motivado una sentencia tan cruda, habrían sido desmentidas entonces, como lo fueron después y lo son hoy, que se ha podido ya hablar la verdad.—*EE.*



## EXTINCION

DE LA

## COMPANIA DE JESUS.

**H**ABIA ya desaparecido la Compañía de Jesus de todos los países á que extendían su dominación Francia, España y Portugal. Los tres Ministros, Pombal, Choiseul y Aranda, aunque animados con el mismo ódio contra ella, y adheridos á la misma facción anti-religiosa, habían sin embargo empleado medios y hecho valer motivos muy diferentes, según las circunstancias en que cada uno de ellos se encontraba, sin embarazarse por las contradicciones y absurdos en que era preciso incurrir para llegar al cabo. Por esto en Portugal, donde la memoria de San Francisco Xavier inspiraba todavía un gran respeto al Instituto de S. Ignacio, inventó Pombal crímenes atroces para hacer odiosos á los Jesuitas, y declaró que habían degene-